

El último recolector de miel

Por Mark Synnott

Colgado de una escala de cuerda de bambú a 90 metros del suelo, Mauli Dhan inspecciona la pared de granito por la que tiene que trepar para alcanzar su objetivo: una palpitante masa de miles de abejas gigantes del Himalaya que tapizan una colmena de casi dos metros de longitud y forma de media luna, suspendida bajo un saliente rocoso. Las abejas atesoran un fluido pegajoso y rojizo conocido como la miel de la locura, un dulce manjar con propiedades alucinógenas que se vende en los mercados negros de Asia a precios que alcanzan entre 25 y 35 euros el kilo, unas seis veces más que la miel nepalí normal.

Las abejas del Himalaya producen diversos tipos de miel dependiendo de la estación del año y de la altitud a la que crezcan las flores cuyo néctar ingieren. Los efectos psicotrópicos de la miel de primavera se deben a las toxinas de las flores de los gigantes rododendros, que florecen entre marzo y abril en las laderas orientadas al norte del valle del Hongu. La etnia kulung, que habita en el este de Nepal, lleva siglos aprovechando la miel como jarabe para la tos y como antiséptico, mientras que la cera acaba en los talleres de Katmandú, donde se utiliza para hacer los moldes de las estatuas de bronce de dioses y diosas.

Para Mauli, recolectar miel es la única manera de conseguir el dinero que le hace falta para comprar los pocos artículos de primera necesidad que no puede producir por sí mismo, como la sal o el aceite para cocinar. Pero independientemente de la importancia que tiene ese dinero para él y para otros vecinos de su aldea, Mauli cree que ha llegado el momento de dejarlo. Con 57 años, ya es demasiado viejo para seguir con esta peligrosa recolección estacional. Los brazos se le cansan con el balanceo de la escala. Las abejas zumban a su alrededor y le pican en la cara, el cuello, las manos, los pies descalzos y a través de la ropa.

Pero ahora se olvida de todo eso y se centra en el problema que tiene delante. Impulsa la pierna hacia la pared de roca y se afianza sobre un pequeño saliente. Suelta la escala y se echa a un lado para dejar sitio a Asdhan Kulung, su ayudante. Ahora los dos hombres están en

la misma repisa estrecha. Abajo, Mauli divisa el río crecido por el monzón que discurre por un valle en forma de V.

Con cada movimiento que realiza para avanzar hacia el nido, los puntos de agarre son cada vez más pequeños y están más espaciados. Progresa despacio, pero seguro, hasta que solo tres metros lo separan de su meta. En este último tramo de roca inestable y húmeda, los agarres para pies y manos no son más grandes que las yemas de sus dedos, y como no está sujeto a una cuerda de seguridad, cualquier fallo significaría la muerte.

Por si eso fuera poco, lleva enganchada al hombro una pértiga de bambú de casi ocho metros, mientras que con la mano derecha, entre el pulgar y el índice, sujeta un manojito de hierbas que arden sin llama. Una tenue columna de humo se eleva desde su mano hacia las alborotadas abejas. Si las corrientes de aire cooperan, el humo envolverá a los insectos y los aturdirá ligeramente a medida que él se aproxime.

La colmena late como si fuera un altavoz de graves, y cada latido expulsa oleadas de abejas enfurecidas. Se arremolinan en torno a Mauli, pero él ni pestañea. En vez de eso, murmura un mantra en kulung con el fin de apaciguar a las abejas y a los espíritus que moran en este acantilado: «Tú eres Rangkemi. Tú eres un espíritu de las abejas. No somos ladrones. No somos bandidos. Venimos con nuestros ancestros. Vuela por favor. Vete por favor».

Rangkemi, espíritu guardián de las abejas y de los lugares inaccesibles y peligrosos, siempre ha cuidado de Mauli, y no hay razón para creer que lo vaya a abandonar ahora. Con esta convicción, el recolector no muestra miedo alguno al enfrentarse a la parte más difícil de la escalada.

Durante siglos, los kulung han permanecido separados del resto del mundo gracias a la densa jungla que rodea su territorio, situado en una profunda garganta excavada por el río Hongu. Aunque el Everest está solo un valle más al norte de estas estribaciones del Himalaya, estas remotas tierras siguen estando aisladas. Y en gran parte continúan siendo un misterio, incluso para Mauli.

Sin embargo, el mundo exterior está cada vez más cerca. Se ha construido una pista de tierra

a dos días a pie desde Saddi, su pueblo, y ya han empezado las obras de una ruta de senderismo que se adentrará en las zonas más altas del valle para conectar Saddi y otras aldeas a una popular zona de trekking que está a solo un puerto de montaña de los famosos circuitos de la región de Khumbu. Hasta se habla de un pequeño aeropuerto.

Los ancianos kulung, como Mauli, siguen llamando a Katmandú Nepal, un lugar separado de su tierra. Para ellos la capital es un país extranjero, un vecino lejano de su pequeño reino. A pesar de todo, el mundo que los rodea está cambiando tan deprisa que las fronteras -y la magia- que durante tanto tiempo han configurado esta antigua comunidad empiezan a desvanecerse.

Mauli se sienta junto a la lumbre en su destartalada casa de una sola habitación. Da la sensación de que las paredes de barro, agrietadas por el terremoto de abril de 2015, podrían derrumbarse de un momento a otro. La mayoría de las casas que se ven desde aquí tienen brillantes techos metálicos de color azul, pero el suyo es de paja, lo que indica su pobreza. Puede que Mauli sea el único del reducido grupo de recolectores de miel a quien se le permite arrancar las colmenas de los riscos con sus propias manos, pero está claro que ese privilegio no le reporta mucho dinero.

Han pasado 42 años desde que este hombre tuvo el sueño que lo llevó a seguir este camino. Tenía 15 años, y sucedió la noche siguiente a la jornada en que ayudó por primera vez a su padre en la recolección de miel.

«Vi a dos hermosas mujeres -recuerda-. De repente me encontré atrapado en una telaraña tendida en la pared de un acantilado. Yo intentaba liberarme cuando divisé un gran mono blanco por encima de mí. Este dejó caer su cola, y las mujeres me ayudaron a agarrarla. Entonces el mono me impulsó hacia arriba y escapé».

Los ancianos, entre los que estaba su padre, le dijeron que aquel mono era Rangkemi, el espíritu guardián de las abejas y de los monos, una entidad a veces colérica que mora en lugares peligrosos a los que pocos humanos se atreven a acceder. Le garantizaron que Rangkemi le permitiría ir de forma segura a los riscos, y que nunca lo castigaría ni a él ni a su familia por llevarse la valiosa miel. Aquel día Mauli se echó a la espalda la insólita y pesada

carga que supone ser un recolector de miel kulung. Desde entonces ha arriesgado su vida cada primavera y cada otoño para recoger esa dulce sustancia alucinógena de los mismos riscos en los que, una generación antes, había trabajado su padre.

Mauli nació a la luz de una antorcha de bambú en Chheskam, una aldea situada al otro lado del valle. Allí no había escuela; su aula fueron las empinadas terrazas de las montañas, donde pasó su juventud segando hierba y criando ganado. Para muchos kulung, la pobreza y el aislamiento son causa de muerte prematura. Mauli tuvo cuatro hermanos, pero dos de ellos fallecieron; se ha casado y ha enviudado tres veces, de modo que ha tenido que criar él solo a sus cuatro hijas, dos hijos, cinco nietos y algunos parientes más que entran y salen de su cabaña a todas horas.

Estamos sentados junto al fuego. Mauli mete la mano en el bolsillo de su chaqueta de lana basta, saca una pizca de tabaco casero y, con gran habilidad, lo lía en un trozo de hoja de maíz seca. Luego acerca el cigarrillo a las brasas y se lo lleva a los labios. Al expulsar el humo, sus ojos velados y enrojecidos revelan el alma de un hombre agotado.

«Estoy cansado y ya no quiero continuar -dice-. La única razón por la que sigo es porque soy pobre, y no hay nadie más que quiera hacerlo».

Uno de los sobrinos de Mauli está sentado en el único mueble que hay en la habitación, un baúl de madera encajado en una esquina. Lleva un peinado a la moda, viste pantalones vaqueros ajustados y camiseta negra. De su cuello cuelga un gran medallón de bisutería. No tiene interés en seguir los pasos de su tío.

En cuanto a sus hijos, Mauli no va a permitir que se dediquen a la recolección de miel.

«Los que escalan los riscos son idiotas -dice-. Mis hijos van a la escuela para que no tengan que hacerlo».

El sucesor más obvio para tomar el relevo del principal recolector de miel es Asdhan, su ayudante, un hombre de cuarenta y pocos años, delgado y fuerte, y una autoridad en su pueblo. Él y Mauli han trabajado juntos durante unos 15 años, pero en todo ese tiempo Asdhan nunca ha tenido el sueño y, siguiendo la tradición de los kulung, nunca ha dirigido la

recolección ni ha tocado el panal antes de separarlo de la pared.

«Me gustaría tener ese sueño -dice Asdhan-, pero nunca lo he tenido y no sé por qué. Por supuesto que podría ir a recoger miel, pero ya ha habido otros que lo han intentado sin haber tenido el sueño y les han sucedido desgracias. Se les han muerto los padres, se les han muerto los hijos, se les han derrumbado las casas y se les han malogrado las cosechas. Y a mí eso me da miedo».

Al amanecer, como es costumbre durante la época de recolección, nos adentramos en la jungla siguiendo a un chamán hasta llegar a un pequeño claro desde donde vemos los acantilados de la miel. Somos 10 personas, incluidos Mauli y su cuadrilla. El chamán camina por el claro clavando en el suelo estacas de bambú para después unir las con un cordel y formar un recinto. Luego cuelga trocitos de carne y otros alimentos del cordel y quema una sustancia hecha de algodón empapado en mantequilla. El olor acre impregna el aire. Una vez haya empezado la ceremonia, dice el chamán, debemos permanecer dentro del recinto sagrado por nuestra propia seguridad.

En una esquina, el chamán construye con muchísimo esmero un par de altares con hojas de banano. Uno es para Rangkemi; el otro es para su compañero Baneskandi, el espíritu del bosque.

En ambos altares se colocan alubias secas, maíz y arroz. En el de Rangkemi también hay una botella de Johnnie Walker Red Label. Comienza la ceremonia. El pequeño círculo está abarrotado: nosotros, los altares y dos cestas de bambú con sendas gallinas cacareando. Mauli se arrodilla ante los altares con la cabeza gacha y las manos sobre los muslos. El chamán se ha puesto un chaleco confeccionado con ortigas y una vistosa faja en la cintura. Empieza a bailar entre nosotros, con cánticos en una lengua que solo conocen él y los espíritus del bosque a los que invoca. En una mano sujeta una vara de bambú y en la otra, una calabaza con agua. Una y otra vez moja la vara en la calabaza y rocía nuestras cabezas con agua.

Luego agarra una gallina y le corta la cabeza limpiamente con un cuchillo. Acabamos todos salpicados de sangre. Con cuidado, deposita la cabeza inerte sobre el altar de Rangkemi y frota

un poco de sangre en la frente de Mauli. La gallina decapitada se agita a nuestros pies. «¡No salgáis del recinto!», nos ordena el chamán.

En ese momento varias abejas se posan en el altar. Inexplicablemente, la cámara que usamos para grabar la ceremonia se apaga y no hay modo de encenderla. Un miembro del equipo consulta su altímetro de pulsera: la presión atmosférica se dispara, lo que indica buen tiempo. Sin embargo, empieza a llover.

El chamán agarra algo invisible del aire, se lleva la mano a la boca y canta algo hacia el interior del puño cerrado. Abre la mano y libera el objeto invisible para que vuelva a la jungla que nos rodea.

Termina la ceremonia y, en cuanto salimos del recinto, la cámara vuelve a funcionar. La presión atmosférica disminuye, señal de mal tiempo, pero lo que sucede es que un rayo de sol se abre paso entre las nubes. El chamán se deja caer sobre una roca al lado de Mauli y abre la botella de Johnnie Walker. Los demás empiezan a desplumar la gallina muerta.

De regreso en Saddi, Jangi Kulung me hace señas para que entre en su casa y vea la escala de cuerda de 90 metros que él y el resto de la cuadrilla de Mauli han estado tejiendo durante las últimas dos semanas, usando tiras finas de bambú. Jangi es quien guarda las herramientas, y durante los últimos 18 años ha sido el cerebro que lidera la recolección de la miel. Con su enorme barriga y sus dedos gruesos, destaca entre el resto de los recolectores, todos ellos delgados y fuertes.

Jangi es un comerciante nato, poseedor de la implacable habilidad que hace falta para obtener las licencias de recolección que concede la autoridad forestal de la zona, y de los contactos para vender la miel y la cera en los remotos mercados de Katmandú y más allá. También comercia con otros productos, como cardamomo negro, que envía a lomos de sus muías cargadas con pesados fardos por la nueva pista de tierra -un accidentado trayecto de dos días- para intercambiarlos con otros comerciantes por pilas, fideos instantáneos, aceite para cocinar y cerveza. Jangi, al contrario que muchos vecinos del pueblo, sabe leer y lleva su propia contabilidad. Reparte el sueldo entre los otros ocho miembros de la cuadrilla recolectora de

miel -todos primos suyos- en función de su experiencia y responsabilidades. Mauli se lleva la mayor cantidad, unos 90 euros por tres días de trabajo desafiando a la muerte, dos veces al año. En Saddi nadie sabe cuánto gana Jangi con la recolección de miel, y él se niega a decírmelo, pero es el único del pueblo que posee una casa en Katmandú.

Durante muchos años el comercio de la miel de la locura se concentraba en manos de un solo tratante de Katmandú, que tenía un comprador en Corea del Sur, país en donde existía la creencia de que esa miel mejoraba el rendimiento sexual. «Durante mucho tiempo prácticamente podíamos poner nosotros el precio -cuenta Jangi-.

Hasta que hubo alguien en Corea que tomó demasiada cantidad y murió». Aquella muerte fue un rumor y no se llegó a demostrar, pero el incidente acabó con el mercado coreano y hundió el precio de la miel. Según Jangi, no se debe tomar demasiada. Dos o tres cucharaditas suele ser la dosis apropiada. Transcurrida una hora, se siente una urgente necesidad de defecar, orinar y vomitar. «Tras la purga, pasas de la luz a la oscuridad. Ahora ves, y ahora no ves nada -dice Jangi-. Oyes un ruido dentro de la cabeza, zum, zum, zum, como si fuese una colmena de abejas. No te puedes mover, pero estás completamente lúcido. La parálisis dura un día más o menos».

«Te daré un poco de miel -me dice-, y así podrás probar tú mismo».

Los recolectores de miel están sentados en bancos alrededor de una larga mesa de madera, mientras el granizo golpea el techo de chapa. El ruido es ensordecedor, pero no apaga sus animadas voces mientras discuten si irán a recoger miel por la mañana o si cancelan el trabajo. Se van pasando una jarra abollada de raksi, un aguardiente de mijo que sabe como el sake.

A la mañana siguiente sigue lloviendo. El diluvio de la noche ha provocado un corrimiento de tierras al otro lado del río. Entre jirones de niebla, vemos rocas enormes rodando ladera abajo hasta el río. Los recolectores se reúnen para deliberar. En estas condiciones, acercarse al acantilado de la miel -un empinado ascenso por una ladera cubierta de hierba y una roca colonizada por musgos- sería un suicidio. Tal vez Rangkemi se haya pronunciado. Los

recolectores encuentran una jarra de raksi y continúan donde lo habían dejado anoche. Son las siete de la mañana.

A las pocas horas, y apestando a licor, Mauli emprende bajo la lluvia una escalada imposible en busca de miel mientras unas abejas furiosas se arremolinan y le pican en la cara. Guiado por alguna fuerza -su habilidad, o quizás el beneplácito de Rangkemi-, Mauli, ahora oculto en una densa nube de abejas, alcanza la colmena. Con mucho cuidado coloca el manojito de hierbas humeantes sobre una pequeña repisa y aparta las abejas del panal con las manos desnudas. El enjambre se precipita como si fuese un único ser, y se convierte en una niebla que se retuerce y pica.

Mauli clava dos pequeñas estacas de madera en el panal y las ata a un cordel de bambú que los ayudantes le han lanzado desde arriba. Coge la larga pértiga de bambú que lleva al hombro, presiona la punta afilada contra el panal y empieza a separarlo de la roca.

Al cabo de unos minutos, el panal se suelta y queda colgando de la cuerda, casi chocando contra Mauli. Este da un grito, y los dos hombres encargados del fuego al pie del risco se tapan la cabeza mientras les cae una lluvia de una oscura sustancia viscosa y abejas muertas.

El hijo de Mauli está sentado a la orilla de un riachuelo que discurre a los pies del acantilado, esperando para ayudar a llevar la miel, la cera y las herramientas al pueblo. Los recolectores aparecen en medio de la llovizna; vienen mojados, cansados y con inflamaciones por las picaduras. Mientras Asdhan extrae algunos agujones del rostro de Mauli, su hijo saca un teléfono y empieza a hacer fotos. Tiene Facebook.

Aquí, como en casi todo el Nepal rural, hay cobertura móvil. Todos los jóvenes de Saddi saben en qué rocas hay que situarse para captar la débil señal 3G. Estas ventanas a otra realidad, esa que existe más allá de los campos en donde trabajan sus padres, han suscitado en ellos el deseo de ver el mundo y ganar buenos sueldos.

«Los chicos de hoy no valoran la cultura -dice Mauli-. Si esto sigue así, nuestra cultura va a desaparecer». Los ancianos saben que ese es el motivo por el que nadie más ha tenido el sueño, o, si lo han tenido, no lo reconocen.

Mientras se reparte la mercancía de miel y cera, la inagotable botella de raksi vuelve a circular. Nadie verbaliza lo que todos pensamos: que probablemente hayamos sido testigos de la última cosecha de miel de Maui, el final de una era.

Maui se lleva la jarra a la boca y bebe un buen trago. Da un último vistazo al acantilado, se echa la pértiga al hombro y se va en silencio por la vereda hacia su casa. Uno a uno, los demás recolectores de miel, como si fueran abejas obreras siguiendo a su reina, van tras él.